

Velamen

Manuel R. Montes

Qué río encenegado nos arrastró volviendo piedras nuestras voces
Raúl Zurita, *La Vida Nueva*

I

Óscar, con su hija Valeria en los hombros, Tania y Milton descienden a leves trompicones por la escarpada pendiente a un costado del Bravo y deliberan en una conversación sigilosa si a la niña de un año y nueve meses convendría más que la cargara Milton sobre la espalda, y no su padre, al cruzar a nado la corriente transversal del río. Las miradas de los tres jóvenes coinciden, indecisas, en el rostro risueño de Valeria, que al detenerse Óscar y desmontársela, le abraza una pierna con aprehensión, como indicándole que nadie sino él debe trasladarla. Tania susurra que continúen, y al cabo de un par de metros recorridos con cautela la superficie por la que serpean se torna húmeda y fangosa. Óscar levanta por las muñecas a Valeria, evitando que resbale o tropiece y que las ramas de los arbustos y los matorrales, al avanzar, la rasguñen. Milton, a la zaga, se adelanta con torpe agilidad y es el primero en erguirse, con los pulgares enganchados en las correas de su abultada mochila, sobre una de las rocas oblongas que delimitan la orilla. Óscar y Valeria, y por último Tania, lo flanquean. La quietud matutina, dominical, no disipa del todo el temor a ser descubiertos. Óscar otea en dirección al Puente Nuevo, lejano hacia el oeste, y aguarda inútilmente por espacio de poco menos de un minuto a que algo, desde allá, se le revele y lo convenza de no seguir. Milton silba exhausto, se acuclilla e introduce los dedos en la frescura del agua, restregándose luego la nuca. Tania murmura, dirigiéndose a su esposo sin encararlo, que no sabe nadar. Óscar le recuerda que no lo ignora e insinúa que sea Milton quien la lleve a cuestras, a lo cual Tania, si bien asintiendo, no se resigna por completo. Milton le sonrío con amabilidad y convicción tras encasquetarse la gorra con la visera carcomida y tensarles los nudos a las agujetas de su calzado de alpinismo. Valeria remilga con algo de impaciencia para que Óscar, quien la tiene ahora sentada

en un antebrazo, la deje ir con su madre. La niña revolotea de uno a otro por detrás de Milton y es recibida por Tania con un roce afectuoso de mentón en el cuello. Valeria se abandona, ladeándose, al arrumaco. Los pliegues de la capucha de la sudadera de Tania en la que se recarga ensordecen su estrepitosa y breve carcajada. Óscar se desembaraza cuidadosamente de su mochila, tan voluminosa o más que la de Milton, y al colocarla entre dos hendeduras de hierbajo reseco anuncia que demostrará la facilidad con la que puede pasarse al otro extremo. Milton se incorpora y le palmea, solidario, el abdomen. Tania esquiva el escrutinio con el que Óscar pretende su aprobación, y besa con ternura una mejilla de Valeria, enroscándole un rizo en la suave caracola de la oreja. Óscar endereza el pecho y entra en el caudal con furtiva presteza, los codos en alto y tentando con cada teni de lona el espeso declive por el que va sumergiéndose sin castañetear los dientes. Una vez el filo del agua le roza el mentón y el estribo irregular bajo su planta izquierda se ha diluido, se impulsa con la otra desde un reborde imprecisable y bracea ininterrumpidamente, sin que la trayectoria ni las ondulaciones perpendiculares del Bravo lo desvíen. Valeria señala con asombro el desplazamiento del cuerpo atlético, delgado de su padre y balbucea maravillada un monosílabo que Tania, comprensiva y afirmativamente, le repite, apartando a cada tanto la vista de aquel empeño a flote que transcurre para ella con una lentitud insoportable. Milton entrecierra los párpados y contempla con escepticismo el momento en el que las manos en punta de Óscar suspenden su locomoción elíptica y tocan las rugosidades de un tronco en el margen opuesto del río. Satisfecho y orgulloso de su amigo, celebra con aplausos inaudibles. Golpeteándose una sien, sujeto a las raíces en las que atracara, Óscar no aparenta cansancio. Saluda con jovialidad a las tres figuras que lo atisban con estupor o extrañeza y que corresponden a su gesto victorioso, excepto Valeria, con pantomimas de felicitación o de apremio por que regrese. Óscar sacude la cabeza y aspira con vehemencia, flexiona las rodillas tras apoyarlas en las nervaduras del árbol y vuelve, repentino, a zambullirse. Al no resurgir de la escasa profundidad a la que se ha precipitado, sin reabastecerse de aire con la inmediatez que siguió a la inmersión anterior, Tania se muerde los labios, arruga la frente y mece con discreta desesperación a Valeria, contrarrestando su peso al aupársela en una u otra curvatura lumbar. Las extremidades en movimiento de Óscar sobresalen por fin del manto esclarecido del Bravo al que ha hecho refulgir la intensidad súbita de un potente rayo de sol. Valeria festeja con una inhalación de sorpresa que su padre ha reaparecido y que se les aproxima sin obstruirlo las templadas fluctuaciones del oleaje, que son sin embargo adversas a la recta que intenta trazar con enérgicas brazadas y que lo conducen a un enclave del río distinto al que Milton, Tania y la niña ocupan al presenciar la osadía con la que Óscar ha ejemplificado lo relativamente fácil que resultará vencer el atajo fronterizo. El grupo se rencuentra entre los follajes de la maleza por la que Óscar, con las bermudas fluorescentes y la camiseta empapadas, ha trepado al concluir su retorno y hacia donde se dirigieron con premura Milton y

Tania, provocándole a Valeria un arrebató de alborozo el trote cabizbajo de su madre al ir ésta emparejándose a la ruta imprevisible, derivada de los ímpetus de Óscar, premeditando el sitio en el cual encallaría. Milton, que ha debido responsabilizarse, además de la propia, de la mochila de la que Óscar se despojara, transpira copiosamente y se acoda pensativo sobre sus perneras caqui tras librarse, agachado, del bagaje suplementario. A Tania el sudor le abrillanta, también, las facciones adustas. Valeria gime y demanda la cercanía de su padre. Óscar, antes de asumir el turno que se le reclama, se retira la camiseta blanca, mojada, que capotea y exprime hasta hinchársele las venas de los puños. De su mochila extrae otra, negra y holgada, que se pone después de secarse con la toalla verde que Tania le proporciona tras obedecer sus instrucciones y esculcar en un compartimento lateral, guardándola luego él ahí mismo junto con la camiseta blanca descartada. Óscar se acaricia el cráneo casi al rape, se lo rastrilla con las uñas y le salpica los ojos a Valeria cuando Tania maquinalmente se la concede, lo que por un instante la enfurece, desorientándolas a las dos la broma de arrojarle unas pocas gotas. Óscar exhala e intercambia con Milton una mueca de fugaz desamparo y determinación. Balancea en un solo antebrazo a Valeria y se la encarama por dentro de los faldones de la prenda con la que acaba de cubrir la rigidez escuálida de su torso. Tania finge no reconocer en aquel embalaje improvisado por el que la niña, pedaleando al escalar, no protesta, una de las estrategias de las que hablaba Óscar insistentemente, asegurándole lo práctica e infalible que sería. Los mechones crespos de Valeria despuntan, a presión, por el boquete de la camiseta negra de Óscar, quien al sortear el tope con el que la pequeña casi lo lastima en la quijada, le picotea en represalia, cariñoso, la nariz roma con la suya, idénticas. El corazón de Tania late febril, acelera cuando escucha el soplido con el que Óscar, arqueando una ceja, le da la orden implícita de que se cuelgue la mochila en la que acarrearán su magro equipaje y el de Valeria. Milton, servicial, se ofrece a contribuir al acomodo de aquel bulto que Tania, encorvada, ensaya sin éxito ajustarse a brincoteos, adaptándole Milton los pasadores de las correas a lo estrecho del talle y los omóplatos. Óscar, entretanto, maniobra para que Valeria se deslice, gire al interior de la tela de algodón y, del tórax a la espalda, lo rodee hasta posicionarse donde le sea posible aferrarla, jinete, por los muslos. Al ahorcarse, Valeria le aprieta inconsciente y débilmente la garganta con uno de sus brazos gruesos y angostos, que Óscar le succiona con las comisuras al sentir que se le ha enquistado donde debe y al alzarla con más fuerza, suspirando y volviéndose, parsimonioso, al sendero por el que ascendiera en zigzag desde la corriente del Bravo, al que tachonan estalactitas de luz. Con Óscar delante, imponiendo su estabilidad a los contoneos con los que Valeria se le amolda, Milton y Tania lo imitan al remover a puntapiés las altas gavillas de pastizal a través de las que bajan y se camuflan los cuatro hasta salirles al paso y ensancharse, majestuosa pátina blanquiazul, el horizonte del manso río que rocía chispas de brisa. Óscar no vacila, y prosigue. Penetra con gradual firmeza en el agua dulce y de poca temperatura que, sin que

sea gélida, le reconforta las pantorrillas entumecidas, le contrae los testículos al ceñirlo y expande, inflándose, el tiro de la bermuda. La espuma de un tenue remolino lame de pronto los talones de Valeria, que tiritita y los retrae alterando el equilibrio de Óscar, quien la tranquiliza, envarándose, con el siseo de un arrullo. En el semblante de la niña se suceden la curiosidad y el sobresalto. Fija su atención en los tijeretazos de líquido pardusco que chapalean a su alrededor e interroga con un gemido a su madre, tras voltear un tanto extraviada y encontrarla, con alivio, detrás de sí, todavía en tierra y sin atreverse a confiar en el asidero de los hombros que Milton, esperándola, encoge para que de ahí se agarre, ya metido hasta la cintura, lo mismo que Óscar, en el fluir del Bravo. Tania se ata en una cola el abundante cabello castaño con la liga naranja que conserva llevándola como pulsera. Permanece de pie al borde del río y rehúsa el soporte que Milton, retrocediendo con pesadez hacia ella, desiste de sugerirle. Óscar no lamenta ni reprende la reticencia de su esposa, que repara en Valeria y en él, en el estático paisaje que los encuadra, con embeleso e incredulidad. Óscar musita el sobrenombre con el que la llama cuando se reconcilian tras reñir, Sequito, con una inflexión en la que Tania sobrentiende la inminencia, lo irreversible de aventurarse aún más allá de las hostiles demarcaciones a las que han sobrevivido para procurar a Valeria un porvenir abstracto que los ilusiona y envanece. Milton se reclina en una piedra rebosante de musgo y expresa su consentimiento a Óscar de que cruce con la niña él primero, autorización que le fue solicitada por mera cortesía y en un tono de incertidumbre ajeno a la temeridad, hasta entonces inquebrantable, del impulsivo padre salvadoreño. Sin sobreponerse al miedo que la incapacita para transmitirle a Óscar su tardío arrepentimiento, Tania lo anima, lo urge incluso a que se apresure y parta de una vez, haciéndole saber que apenas comience a nadar, lo secundará sobre la robusta complexión que Milton, en alerta nuevamente, despepreza y yergue. Al oír las apocadas exclamaciones de su madre, Valeria se adhiere con pavor a las clavículas de Óscar, endurecidas al este soltarle los pomos de las manos regordetas con las que le oprimía la manzana de Adán y justo al propulsarse a las entrañas del Bravo con las articulaciones en flecha, decidido a no exceder su brusquedad, aunque sin inhibirla, desde las brazadas preliminares. Valeria libera un solo grito, agudísimo, extinto con la rapidez del envite que la tironea y con el que su padre se recuesta, con ella encima, sobre la franja del agua que cava con resueltos aleteos y sincrónicas patadas de crol. Aterida, Valeria se impregna instantáneamente con las infiltraciones que le anegan los botines achatados, el estambre de las calcetas, los mallones elásticos, el pañal desechable y la blusa, incrustándole a Óscar la blanda encía superior en la herradura occipital. El calor que aquel vaho irradia, nítido en la piel, enternece a Óscar, a quien amedrenta luego la distancia que debe franquear, y que juzga incomprensiblemente mayor a la ya traspuesta en sumersiones previas cuando la calcula durante las milésimas de las bocanadas iniciales con las que se provee de oxígeno y de los planos de visibilidad intermitentes que le ilustran lo más bien poco que pro-

gresa. Los doce kilos y cuatrocientos gramos de su hija, que no cesa de retorcerse y a la que no es concebible disciplinar para que se calme, han ampliado las dimensiones del Bravo y exigen que Óscar duplique su esfuerzo a fin de que neutralice la inercia de un venero que por cada una de las evoluciones musculares con las que lo enfrenta, lo descarría con más ahínco. Desde la perspectiva de Tania son efímeros e inofensivos los estremecimientos de Valeria e imperceptibles los inconvenientes que fatigan tanto como comprometen a Óscar a no claudicar. Su esposo, en lo que también a Milton respecta, surca con soltura y aun con serenidad el plumaje movedizo del río. No es absurdo suponer que Valeria quizá disfrute, a bordo de la espina dorsal de su padre, de la peripecia. Óscar y la niña semejan un espécimen anfibio, con caparazón, que se funde apacible con su hábitat. El aviso con los nudillos, en un bíceps, con el que Tania le comunica que ha llegado el momento de que la traslade, distrae a Milton del ensimismamiento con el que, observando a Óscar, alababa mentalmente su condición física y su perseverancia. Tras frotarse la frente con una manga de su chaqueta de mezclilla y virar lo necesario para ubicarla con exactitud, Milton enjarra sus brazos fornidos hacia los de Tania, que los extiende con delicadeza infantil para que aquel se los coja y solo entonces, al afianzarlos no sin temblar, salta. Óscar, atónito al poder distinguir el eco del chapuzón, lo capta con claridad al entresacar el rostro y recargarse los plumones con el sorbo de viento que atrapa con la boca. Tania estruja, incontrolable, a Milton, arañándolo con ansiedad en el vientre al plegarse a su cuerpo de osezo, hincándole ambos talones en las ingles, asustada. Milton, instintivamente, le sostiene las corvas con el cuenco de las manos y le asevera, sintiendo el aliento de Tania crispándole la cerviz morena, que no se le caerá. Tania emite un vago sonido de conformidad y relaja un ápice su sofocante compresión, aunque un amago de paso con el que Milton se mueve pausadamente hacia la estela que horadan Óscar y Valeria en la pleamar del Bravo, basta para intimidarla y pedirle, impositiva, que se detenga. Milton se paraliza, escudriña el Puente Nuevo por enésima ocasión, pareciéndole imperturbables, como a cada vistazo anterior, la plancha de su estructura y el hormigueo caliginoso de siluetas diminutas, automóviles o transeúntes, que lo afilan. Tania le propone que aplacen lo convenido. Milton concuerda sin intuir que la resolución de Tania, pese a que no se la externa, es la de aguardar, sin desprendérsele, a que Óscar llegue a su meta, y, obedeciendo a las pantomimas con las que lo persuada, siente a Valeria en alguna oquedad en la que no peligre y nade por cuarta vez, rehaciendo a la inversa el canal imaginario que abriera, y que ya se ha borrado, hasta ellos, y sea él, no Milton, quien al fin y al cabo la tras pase. A Óscar y a la niña no les resta ya tanto para que alcancen la línea empenachada de vegetación en la que culmina el río. No más que acaso tres metros los apartan de aquel punto en el bosque hacia el que va desembocando el ejercicio persistente de Óscar. Tania farfulla un rezo del que olvida el estribillo y enfoca, friccionando las muelas, la navegación imbatible del muchacho de veinticinco años al que adora y a quien acuna el bandazo de una

mansa ola que hace que Valeria se decante, como jalada por un anzuelo, a babor. Óscar casi se vuelca. Las costuras del cuello de la camiseta le hienden la yugular al estirarse debido al drástico reposicionamiento de su hija, quien le anida las fosas, con las que bufa y moquea, en el hombro. El reflejo de Óscar de toser lo castiga con la toma involuntaria de una insalubre delicuescencia, colmada de detritos agridulces que le remolinean en la laringe y que, disgustado, escupe. Pese a lo vertiginoso del incidente imprevisto que lo desconcentra, Óscar no flaquea y remonta la intempestiva tracción del Bravo que lo barre y a la cual desafía, enmendando el curso que le truncara pero recobrándose, por desgracia, en un ángulo erróneo. Sin que lo sepa, bracea río arriba. La turbina invencible contra la que se afana lo va empujando en reversa y lo agota sobremanera, percatándose de la desigual embestida que lo extenúa solo hasta que vuelve a inhalar aire con exasperación, agujoneándole los pabellones auriculares un pinchazo del llanto histérico en el que Valeria prorrumpió a poco de que los acometiera la sinuosa marea con uno de sus relieves. Las ingestiones de agua con las que la niña se atraganta, entrecortan su espasmódico chillido al hundirla los vaivenes de su padre y luego encumbrarse, como se lo permite la tela de la camiseta que la enrolla, en busca de un intersticio por el que respirar. Milton y Tania, con las pupilas dilatadas y en un mutismo expectante, descreen al avistarlos de la descompostura de Óscar y de los forcejeos de Valeria, y se desgañitan después al unísono, él profiriendo hasta enronquecer la vocal e, vanamente preventiva, y ella una misma plegaria, cuando el tenaz nadador se debate con menos bríos por huir del torrente que lo atrapa y por alinear su anatomía en descontrol a la coordenada que ha perdido, rindiéndose a las contracciones de la pulpa oleosa, intestinal del Bravo que lo engulle, y a la pequeña. Milton remolca su obesidad, a la que se añaden la dureza de Tania y el excesivo lastre de las respectivas mochilas, con la intención, al envalentonarse, de no atina bien qué. Tania lo espolea con el hule desastrado de sus tenis deportivos y con ello reprime lo que su crónica hidrofobia le tradujo como una tentativa más de Milton de que se abalanzaran a la corriente, a lo cual se había opuesto ya una vez. Presa de las ganas irresistibles de rescatar a su esposo y a su hija, y de la frustración y la certeza simultáneas de admitirse impedida para semejante hazaña, Tania solloza sin que las lágrimas le vidrien las córneas, marchitas por el terror que le inflige aquello que no puede dejar de ver. Sin dominio de sí, a Óscar lo sacude la velocidad increíble, aleatoria del vórtice que apacigua misteriosamente su alud al trabarle las piernas con las que aún patalea, los brazos con los que rasga densas cortinas de turbiedad que no le deparan, al correrlas, ninguna protuberancia de la que asirse. Los rodillazos de Valeria en los riñones, la raspadura de los botines achatados que le patinan sobre la espalda baja, el topeteo constante con el que las fontanelas de ambos entrechocan, requieren de Óscar mensajes táctiles que sosieguen a la niña, diestras piruetas que la estabilicen y los reencaucen, sin que la vorágine que los deglute, maniatándolo, propicie la realización de tales cuidados y acrobacias ilusorias. Milton acecha el entor-

no con la contradictoria esperanza de que haya y no quienes atestigüen el atropellamiento de Óscar y Valeria, ya ferozmente revolcados por el engañoso temple del Bravo. Tania duplica la tirantez de la llave con la que atena-za el grosor de Milton al caer en la cuenta de que la niña le ha propinado un par de bofetadas a su padre con desfallecimiento, porque se asfixia. Tras una violenta voltereta, Óscar escucha su propio jadeo al expulsarlo el río, por un segundo, de la sustancia mercurial que lo manipula y lo embrutece. Un retazo de cielo virgen al que no empaña una sola nube, y en el que graz-na el triángulo de una parvada, encandila el iris de Óscar al despejar con parpadeos la maraña de la espuma que lo encegueciera y que Valeria encres-pó al pegarle dos veces, con impotencia, en el pómulo. Transparencias difu-sas, grumos de alga, formas rocosas, minúsculos cardúmenes en desbanda-da ondean ante Óscar como segmentos de un óleo inconexo que va opacándose y en el que predomina el discontinuo estallido de las burbujas que con dolorosas arcadas expectora. Las frecuencias acústicas que Valeria, inmersa en el Bravo, esparce al aullar con pánico, y que se amplifican luego cuando emerge abruptamente al esplendor del día, sobresaturan los oídos de Óscar hasta sellárselos un zumbido uniforme, de cardiograma, del que germina una hebra de asonancia que lo adormece y entreteje, al perdurar, la voz de Rosa, su madre. Quédate a luchar aquí. O que mi nieta, si te vas, no los acompañe. Hijo, encárgamela. Valeria pellizca, en un lóbulo, a Óscar. Lo abraza con languidez tras asestarle, con el puño derecho, un último aldabo-nazo de auxilio en la nuca. El peso de la niña inmóvil deviene aún menos adaptable y extingue la escasa energía que Óscar invierte para nivelarlo al contravenir el ímpetu con el que a su hija y a él se los apropia el río. Acalam-brándose al proyectar una cabriola de salvamento que no rebasa un ínfimo chapoteo con los empeines, Óscar distiende por primera vez los miembros, y zozobra. Su hermano mayor Carlos le habla con aprecio y después con severidad, lentamente, al ramificarse la elevada nota del timbre interno que lo aturde y lo aletarga y que recrea fragmentos de las conversaciones telefó-nicas que sostuvieran. Desde Brownsville, Carlos lo alentó a emigrar de San Martín, aconsejándolo. Empeña la motocicleta, te depositaré un préstamo, abandona la pizzería. Ganarás aquí por hora lo que allá te pagan por doce. Ya en Matamoros, Óscar se ufano al pormenorizarle la hipotética estrategia que implementarían Milton, o él, para cruzar a Valeria y la cual Carlos de-plorara. Recapacita. Faltándoles incluso tan poco, a la niña nunca la expon-gas como me has dicho. El Bravo es mortal. Óscar se disculpa con Rosa y con Carlos efusivamente, sin que sus cuerdas vocales, al vibrar, originen más que un escozor que resquebraja las frases de remordimiento que aluci-na repetir y que la lengua, los dientes, el agrio paladar no modulan. Afligida por el vaticinio de que Óscar ya no retornaría, Rosa lo besó estrechándolo con aspereza la noche que se despidieron, insistiéndole con atender sin re-servas a Valeria y consagrarse a ella si se la encomendaba. Te la protejo yo misma, su abuela. Para qué la destierras. Inalcanzable ya para su madre, Óscar evoca en la penumbra del río que lo remece aquello que le replicó al

zafarsele con apocamiento, aunque ofendido. Que Tania y él no cometerían la insensatez de partir solos. Que por la mañana iban a empacar, sin que su esposa se presentara en el restaurante de comida china en el que laboraba intercambiando colones detrás de una caja registradora. Las reminiscencias que hilvana el aparato auditivo de Óscar aminoran hasta disolverse por completo en la paulatina inundación de las membranas y las concavidades timpánicas. El Bravo, entonces, devora la entidad bicéfala en la que Óscar y Valeria se transfiguraron y que asoma informe al regurgitarlos una cresta del río mucho más allá de donde fueran absorbidos. El padre, la hija, son una mancha untuosa que al alejarse con precipitación es contemplada con perplejidad o con espanto por Milton. El rostro enrojecido de Valeria, discernible por un instante al ras del agua, es un óvalo inexpresivo y abotargado en el que Tania no identifica los rasgos de la niña, quemándola en el vientre un escalofrío de alumbramiento. Sin saliva, en un tartamudeo afónico, niega lo que sucede hasta desahogarla un hálito que libera sin resuello. Eso no es mi bebé. Cuando la faz de Valeria vuelve a ser atraída por las vísceras relucientes del Bravo tras una rotación inánime del tronco del Óscar, Tania sucumbe a la náusea, sin que la parálisis de los órganos le dispense la depuración del vómito. Desencajada, supera el pasmo que la petrifica oscilando con inquietud, como si deseara cabalgar. Milton se tambalea, contrariado, al deducir que con aquel raptó Tania está implorándole que se arroje y la entregue al afluyente que la hurta de lo único que posee. Milton se dispone a complacerla, sin emprender siquiera un solo movimiento de natación debido a que Tania colapsa, desmayándose, y lo compromete a girar con prontitud y a levantarla por las axilas antes de que se sumerja de bruces en la mediana y sin embargo riesgosa hondura de la orilla. El Bravo es una colosal boa constrictor que digiere con avidez los latidos esporádicos que aún mantienen a Óscar con vida, y que al ir debilitándose desdibujan la visión que lo conforta. Valeria, en el regazo de su madre, admira la fresa que le trajera del mercado antes de comérsela con deleite, sonriéndole. Pá. La tonalidad carmesí de la fruta se decolora conforme la circulación de la sangre declina. Óscar, en un arranque postrero de lucidez, elude aquel ensueño y abre los ojos con tal de recordar dónde se halla, sabiéndolo con inmediata crudeza. Un círculo metálico, una moneda de cobre que fulgura, es lo que retiene al vislumbrar como a través del cristal de un acuario el asentamiento nebuloso de la turbulencia que lo arrolla, y a Valeria, inseparables. El brillo de la diminuta circunferencia se le graba en las retinas, deslumbrante y abrasivo, e imagina extender hacia él un zarpazo con el que no lo toca pues los tentáculos del río se lo impiden, amortajándolo.

II

La iluminación del aula subterránea en la que te desvaneciste se aclara. Tendido en el suelo, tu cabecera es el antebrazo de Travis, el estudiante que tras adquirir los atributos faciales que te permiten reconocerlo, te hace preguntas y explica con énfasis algo ininteligible, sin que su voz grave traspase por completo la textura vítrea que aún distorsiona tu mirada, y detrás de la que su cara flota y asiente sin gesticular, examinándote. La mano temblorosa de uno de los jóvenes que te flanquean desciende hacia tu boca esgrimien- do una barra de granola que Travis rechaza, molesto, al anteponer el codo, con lo cual evita la estimulación del reflejo de tu mordedura. Dirigiéndose por encima de un hombro al semicírculo de perfiles que se le aproximan, les ordena con acritud retroceder, y al removerse aquella periferia de siluetas percibes con gradual nitidez el discreto bullicio de la conmoción. Patas de pupitres que friccionan el piso de cerámica, estrujamiento de mochilas, tin- tinea de llaveros, pisadas de algunos de tus alumnos escabulléndose, rumo- res de los inscritos en otros grupos que provienen de salones contiguos y divulgan la noticia de tu caída. Ibas a impartir la última clase del semestre de verano cuando la embriaguez del vértigo entorpeció la coherencia de tu eufórica bienvenida, dislocándote después las piernas el par de pasos de acercamiento a la esquina de la estación de instructor en la que apenas te sostuviste antes de que las rémoras hormigueantes del mareo te derribaran. Tras el súbito desplome, se desencadenaron en ti las electrocuciones de la convulsión. La sien derecha percutiendo sobre la blandura del bíceps con el patetismo de un tic irreversible agudizó la certeza de lo que te ocurría, con- moviéndote tu propio sacudimiento a un ápice de la inconsciencia lo mismo que las exclamaciones femeninas que lamentaron tu postración, y que de- jaste de oír al acallarlas el clímax de una estridencia neurológica que al esta- llar te redujo a un bulto exánime, ascendiendo luego desde las profundida- des de un oscuro silencio insondable a la fría superficie de la que te desprendió, adusto y servicial, Travis. Ha desistido de repetir las variantes de su interrogatorio, al que respondes con un débil balbuceo, y de afirmar con determinación aquello que todavía no descifras pero que aparentas comprender entornando atentamente los párpados. Travis exhala con irri- tación, aunque satisfecho, al suscitarse un estrépito de paletas de madera entrechocando una vez que los observadores que se arraciman en el vano de la puerta y los ocupantes del interior son desalojados por el paramédico que

remueve con presteza el mobiliario que dificulta el avance de la silla de ruedas que la mujer corpulenta que lo precede, uniformada con idéntica indumentaria, empuja decididamente hacia ti. Guantes de látex azules te incorporan apresurando una eficaz coordinación a la que contribuye Travis, quien les delega cuidadoso el soporte de la testa que ladeas, exangüe, sin que logres enderezarla y que al encontrarte sentado apoyas al azar en la curva metálica de una de las empuñaduras del artefacto que tras virar minuciosamente se desliza con apremio rumbo al umbral que atraviesas y que te adentra en el pasillo. Impulsándote con firmeza el trote medido de la mujer corpulenta, en ambas paredes del túnel por el que desfilas distingues contornos que se adhieren a la cuadrícula de concreto y que murmuran entre sí al maravillarlos tu palidez, ocultándose con los fólderes que blanden o en los abrazos recíprocos a los que se abandonan al ver el empeño con el que te obstinas en introducir en tu garganta el índice que desvía, pescándolo, el paramédico, que sin perder detalle de las reacciones fisiológicas que te demudan camina encorvándose a un costado tuyo. Un cortejo de furtivos colegiales te sigue hasta los peldaños de la salida lateral del inmueble a los que intermedia una rampa pronunciada que desemboca en las hojas dobles, cristalinas, de un acceso que se abre automáticamente y afuera del cual una muchedumbre agolpada musita especulaciones. La silla de ruedas, que no se detiene, fragmenta el amontonamiento en dos hileras humanas que cercan tu procesión hacia la cabina trasera de un vehículo que despide haces estroboscópicos. Ajeno a la secuencia de la maniobra con la que la mujer corpulenta y el paramédico te cargan y se distribuyen con habilidad tu laxitud, caes con demora en la cuenta de que yaces en una camilla de ambulancia y de que un enfermero te palpa el cuello y la muñeca, compulsando signos vitales con un estetoscopio. Encajas el mentón en el pecho y tu cráneo, al voltear alrededor, se bambolea indócil. A manera de almohada, la palma del enfermero lo sopesa y lo amortigua cuando te recuestas, exhausto, en la sábana blanca, no sin haber advertido momentáneamente la preocupación de Travis mientras atisbaba por la ventanilla vertical de una de las portezuelas por las que sin constatarlo te metieran en la compacta furgoneta. Enfundado en un impecable traje negro al presentarse con puntualidad a la lección de clausura del curso, la inusitada vestimenta de Travis incentivó, en el minuto previo a que te derrumbaras, tu halago espontáneo a su apariencia fúnebre, justificándola él con alusiones al citatorio decisivo en un tribunal en el que apelaba una multa por conducir a exceso de velocidad y a donde acudiría después de firmar tu lista de asistencia. La reconstrucción deletérea del diálogo con Travis, motivada por su asomo a la cabina, se deslía cuando escuchas el ronroneo del motor que revoluciona y el ulular de la sirena propagándose tras el arranque indicado al chofer por el paramédico mediante dos manotazos de contraseña en la lámina del techo. A lo largo del breve trayecto al hospital universitario la mujer corpulenta fija su semblante masculino y compasivo en el tuyo, en el que se acentúan los indicios del temor. Interpelando sin encararlo al enfermero que frente a ella te canaliza,

y que ocupa el asiento paralelo al que rechina bajo su formidable volumen, contiene tu diestra con autoridad, adivinando que con el índice propendes otra vez a recurrir a la tentativa con la que ansías aliviar las arcadas que te asquean. Al aparcar la furgoneta en el andén de urgencias te altera el repiqueteo de cerrojos y pasadores que antecede a la brillantez de una incisión de luz que separa, desplegándolas, las portezuelas que aparta el paramédico, cegándote aquella flama de mediodía por un lapso incalculable hasta que, al disiparse, tus pupilas orbitan encandiladas y entrevén con rapidez panorámica el recinto en el que ingresas escoltado por cuatro practicantes en batas verdes. Una secretaria esbelta engrapa un fajo de documentos al escudriñarte con una mueca inquisitiva cuando la litera sobre la que transpiras rodea el cubículo de la recepción y enfila por una entrada que converge con el área interna de un amplio mostrador detrás del que afanosos auxiliares aporrean teclados de computadora, y uno de los cuales interrumpe por un instante su mecanografía, volviéndose hacia quienes te custodian y proporcionándoles, tras consultar de reojo un bloc de notas, el número que le piden y que no sin asombrarte corroborarlo lees grabado en la placa de un muro en el que concluye tu tránsito por inextricables pasadizos. Con una premura semejante a la del desembarque y a la del ajetreo a contrarreloj a través de un laberinto de tonalidades asépticas, dos de los practicantes, valiéndose de los asideros ergonómicos de la colchoneta sobre la que cabeceas, te hamacan y suspenden en el aire antes de colocarte de un solo envión en la mullida litera del cuarto del que se retiran, reuniéndose con su par de compañeros en el exterior luego de haber adaptado estos al travesaño de tu respaldo la pértiga de intubación del suero que te restablece, no sin precisar que pronto te atendería un asistente. Transcurren segundos escasos en los que recapitulas tu imprevisible traslado del campus a emergencias, y sin que de las imágenes brumosas que pueblan tu repertorio mnemotécnico aflore, bien definido, un rostro que no sea el de Travis, angular y de cejas prominentes, o el de la mujer corpulenta, rubia como aquel, de pómulos rosáceos e iris esmeralda. Un leve tamborileo de nudillos clavetea en el marco que franquearan, sin encerrarte, los integrantes de la cuadrilla en batas verdes. Te saluda, lacónico, un muchacho rollizo de gafas ovales y facciones asiáticas y detrás de él irrumpe una enfermera canosa y de melena hirsuta que, rebasándolo huraña, se inclina con malhumor a tu izquierda, disponiéndose a tomarte la presión arterial con un tensiómetro. En un inglés nativo y mientras desempotra del rincón opuesto al de la litera un banco giratorio, una repisa y un monitor que toca con los anulares, encendiéndolo, el muchacho rollizo te participa de su nombre y de su rango, Daisuke, pasante de medicina, instalándose con incomodidad en la butaca desmontable de la que se ha provisto. Pulsa con las yemas la incandescencia de la pantalla y escribe la cantidad y los decimales que le dicta la enfermera, quien lía con el cable del mismo aparato con el que te auscultó la banda elástica de velcro de la que también se compone y que con brusquedad aflojara, quitándotela, y quien renquea sostenida del picaporte de la puerta que abanica y

que al salir cierra con la precipitación inaudible de una ráfaga. Daisuke, impertérrito, te solicita entonces que le narres el episodio de tu descalabro. Se lo relatas con frases de una simplicidad casi monosilábica, errores de concordancia y vocabulario carente de sinónimos con los que referir con exactitud síntomas y sensaciones y, al culminar tu retahíla en el desenlace del desvanecimiento, Daisuke inquiera por las actividades efectuadas durante la mañana, en las horas preliminares a la sesión de las once y treinta que tu desmayo frustraría. Le confiesas el retraso con el que te apostaste, aletargado aún por el sopor de la modorra, en la fachada de la residencia estudiantil adyacente al pequeño departamento del que partiste muy aprisa con la intención de abordar el shuttle en el que ya no cabrías por el sobrecupo de pasajeros que lo atiborraron, quedándose a la deriva por lo menos un tercio de los alineados en la fila en la que, tú el último, te formarás. Tal contratiempo te obligó a desandar, con arritmias de maratonista incompetente, la media milla de banquetas elevadas, planas y en declive de las vías McMillan, Auburn, Taft y Jefferson hasta las inmediaciones de la universidad en la que recorriste los vericuetos y senderos habituales, penetrando sediento en la primera planta del bloque plomizo en el que te presentabas de lunes a viernes a instruir a una veintena de subgraduados en las reglas elementales del uso del español. Daisuke pausa las mecánicas anotaciones con las que registra el itinerario que le abrevias, y te pregunta si comiste. Los tragos de agua helada que te hidrataron al agacharte y lamer el surtidor de un bebedero al final de la ruta que le has resumido, equivalen si mal no recuerdas al único alimento que consumieras. Tu contestación se añade al reporte que Daisuke recita luego con automatismo para que identifiques, de haberlo, algún equívoco. Apruebas las oraciones que a cada punto y seguido reanuda, solemne, solo si le demuestras tu consentimiento al acortarse aquel párrafo en el que sugieres, al suscribirlo, que acaso convenga mencionar la efímera jaqueca que al ralentizarse tu caminata te infligieron los rayos del sol plateado y esplendente de junio. Daisuke condesciende y masculla, mientras lo agrega, el pormenor que le señalas. Esforzarte al recrear tu infortunio te ha debilitado en demasía y sume tu cuerpo en un légamo de fatiga que te induce a un sueño profundo, vacío, del que retornas al dar comienzo las intrusiones al cuarto, sucesivas, de la cortés afroamericana que con una jeringa extrae, sin lastimar tu arteria, los mililitros negruzcos que analizará el técnico de laboratorio, del operador pelirrojo de un escáner móvil que sitúa sobre tu tórax la mampara horizontal con la que capta diligentemente una radiografía, y de la empleada locuaz de recursos humanos, de aspecto atildado, quien se pertrecha en un módulo portátil, similar al de Daisuke, y a la que le deletreas tus generales, la dirección del domicilio que rentas en Maplewood Avenue, los diez dígitos del teléfono que rectifica ya tener, actualizado, en su base de datos, desglosándote cláusulas y excepciones de tu póliza de seguro que pese a no entenderlas te comprometes a respetar, garabateando sumiso tus iniciales con un estilógrafo de plástico en la tableta que te acerca. La involuntaria concentración a la que te sometieron los an-

tedichos escarceos ocasiona que decaiga nuevamente la energía que supieras restablecida gracias a los reflujos de frialdad intravenérea con los que te reanima el goteo dosificado del suero. Sesteas en un remanso de indolencia que comprime, o prolonga, un tiempo para ti amorfo e inmensurable. Los pálpitos del cansancio emborronan, cuando intentas enfocarla, la silueta de Daisuke, a la que se adhiere a causa de la viscosidad óptica que genera tu somnolencia, la de Travis. Viene, según lo manifiesta espolvoreándose los faldones del saco, a rendir su testimonio y a ofrecer información que ayude a elaborar tu diagnóstico. Reaccionas con un rictus de gratitud al guiño amistoso de complicidad con el que te sonrío al dar principio a la crónica meticulosa que lo enfrasca y que abstrae a Daisuke, quien edita sus propias acotaciones de ameritarlo. Por el nerviosismo con el que la fórmula, te alarma la metáfora con la que Travis evoca la decoloración marchita de tu rostro al resucitar. *He looked as white as that wall*. Anunciándose con la rispidez del timbre antipático que te disgusta reconocer, la enfermera canosa se cuele por la rendija que Travis dejó entreabierta y le ordena simulando impaciencia que se vaya porque alguien más desea verte y el reglamento, carraspea, restringe a una sola persona el máximo permisible de visitantes. Daisuke intercede por que Travis no se marche si no le apetece, a lo cual este replica que preferiría evitar contrariedades, y con la misma formalidad con la que llegara, sale no sin expresarte su esperanza en que te recuperes. Al cabo de otro intervalo de anormal relajación en el que dormitas, la calidez de la voz de Tania, tu esposa, reverbera entre la hojarasca de los ecos que te sedan, y al llamarte con suavidad, Óscar, la certidumbre de haber sobrevivido te infunde un espanto indecible, ya que a la par que te sosiega, Óscar, desata el terror de las conjeturas respecto de aquello que, aun sin suceder, vislumbras como la consecuencia más atroz de tu accidente, y que no es otra que la hija de ambos, Valeria, creciera sin padre. Parpadeas estrábico. La consternación y el alivio de Tania se yuxtaponen en un solo gesto afable cuando susurras, con abatimiento, La niña. El surco de una lágrima estría tu mejilla, que Tania unta escrupulosamente con el pulgar, limpiándola. Tranquilo. Al percibir que tus facultades comunicativas mejoran mientras entablas un sigiloso intercambio de razonamientos confidenciales con Tania, y sin que lo inmute la repetida desfachatez con la que la enfermera canosa vuelve a esfumarse, Daisuke retoma el protocolo de tu admisión y procede a desgranar un cuestionario relativo a potenciales alergias a ciertos antibióticos o a comidas, antecedentes de padecimientos heredados, historial de cirugías, costumbres adictivas y afecciones en la infancia, en la pubertad o recientes, muchas de las cuales ignoras lo que significan en tu idioma tras inferirlas inconclusa o literalmente cuando Daisuke las enumera, por lo que optas en la mayoría de los casos por descartar que te aquejaron o que sufres de los incontables males por los que indaga. Por orgullo, lo mismo que por una confianza excesiva en tus aptitudes bilingües, te rehúsas a que Daisuke involucre al intérprete que propone asignarte a fin de simplificar tus próximas conversaciones con el neurólogo, quien coincidentemen-

te hace su aparición, al ser aludido, en el cuarto, hablándote con una familiaridad y una franqueza que consideras ilógicas por no haberlo visto jamás y que se deben a que, por el contrario, él supo ya de tu identidad y de tu circunstancia tras la charla que sostuvo con Daisuke mientras reposabas extenuado por la relación que a este le hiciste y a partir de la cual aquel, escuchándose, enviara tanto a la cortés afroamericana como al pelirrojo que procedieron a obtener la muestra de sangre y la placa de rayos equis respectivas. En ropa de civil, calvo y de una delgadez desgarrada, el mentor de Daisuke, *You can call me Bradley*, les dice a Tania y a ti que será el especialista responsable de tu evaluación y de los protocolos de tratamiento que deriven de los resultados de las pruebas que ya se te realizaron y de la tomografía computarizada que se te practique más tarde, antes de que te internen, puntualiza, en una de las habitaciones del área de observación en el nivel superior. Tania, de pie y mesándote con cariño el pelo, explica cuando se lo pides que Valeria fue recogida del preescolar por la pareja de compañeros tuyos del doctorado con quienes acordó por mensaje de texto que la cuidaran en su piso de alquiler, luego de que le avisaron ellos mismos de tu percance, del que se habían enterado en el complejo subterráneo en el que acababan a su vez de impartir, al poco de tu arribo, aquella lección que no emprendiste y que como tú estaban obligados a enseñar en tanto estudiantes internacionales con obligaciones pedagógicas. Les traduces a Daisuke y al doctor Bradley, con esmero, parte de lo expuesto por Tania, recomendando aquellos, no sin asentir con empatía, que tu esposa se retire y procure a Valeria, y que aliste lo que convenga si es que decide o tiene las posibilidades de dejarla con una niñera y así permanecer a tu lado en la pieza en la que te alojarán después de obtenidas las transparencias de tu masa encefálica, y en la que se te confirma que vas a pernoctar. Tania transige, discute con ella los preparativos a los que prevé abocarse durante lo que resta de la jornada y conciertan mutuamente que Abel y Elena, de aceptarlo, se responsabilicen de Valeria también por la noche. Tania te besa en un pómulo y promete volver en cuanto ultime los arreglos oportunos y acondicione la sala del pequeño departamento para los imprevistos huéspedes que no van a negarle, solidarios, el apoyo adicional que requiera. Nuestra hija, no te preocupes, estará bien. Encomendándole al doctor Bradley, con una timidez enunciativa similar a la tuya, que te mantenga fuera de peligro, se despide de Daisuke con una sutil reverencia y abandona el cuarto del que te saca un musculoso camillero de barba y casquete, transcurridas varias horas para ti discontinuas a lo largo de las cuales un equipo de subalternos de neurología te hizo resonancias magnéticas y revisiones psicomotrices que te disgustaron por monótonas e insufribles. A través de un telón oscurecido por el persistente letargo que te cofunde, reparas con desgano en un amplio pasillo que se contrae hasta enfrentarte al rectángulo de un elevador que traspones, asciendo silencioso y te marea. Recobras la orientación cuando un médico te solicita que te recuestes en una banca confortable, que vibra. No eres capaz de discernir ni la pulcritud ni las dimensiones de la estancia en la que te ha-

llas y en la que, imponente, te aguardaba un inmenso tomógrafo encendido. Con mansedumbre obedeces las instrucciones de postura que no sabes de quién provengan al irte atrayendo un lento mecanismo de rieles al interior de la bóveda en la que una retícula de láser imprime patrones de ajedrez en tu cráneo. Finalizado el procedimiento, del que no experimentaste más que la delineación, en las pupilas, de un bosquejo rupestre de tildes escarlata, te perturba la soledad que te circuye, sin que hilvanes, en retrospectiva, los momentos previos a este, irreal, en el que comparas el destendido lecho en el que te despabilas con el de una escenografía de hotel, y a Tania, que se arrebujaba en un cobertor en el sofá perpendicular a la ventana, con un espectro que gravita en una densidad acuática. El halo pesadillesco del entorno que te amedrenta se atenúa, sin embargo, de inmediato. Te rindes aterido al descanso que una intuición paterna entrecortara y que desestimabas, lapidándola con otras ideas aleatorias, por parecerte ominosa. *Good morning, pal.* El doctor Bradley, contento, se acoda en la mesa de altura regulable que aún exhibe residuos de fruta y mendrugos de pan tostado dentro de los recipientes de unicel en los que hurgaras famélico, con un cuchillo y un tenedor desechables, al desayunar. Son las nueve con cinco de la mañana. *How did you sleep?* Admites que muy bien, y que te invade incluso una sensación de liviandad y fortaleza de la que hacía mucho no disfrutabas. *Excellent.* El doctor Bradley se yergue y recibe de parte de Daisuke, quien lo flanquea impasible y a quien atavía, como a él, una bata blanca impoluta, un cartapacio traslúcido que contiene los profusos formularios a los que da una lectura parcial, impostando un inconvincente despecho por los tecnicismos que profiere y que reemplaza, en el acto, con términos que a Tania y ti no les resulten incomprensibles. Te felicita, en suma, por no haber anomalías detectadas en los porcentajes del test sanguíneo ni anormalidades en los parámetros de las diapositivas, que revelaron claridad pulmonar sin fluidos pleurales, la primera, y un cerebro sin evidencias de lesiones o hemorragias, la segunda. Diagnostica, con aplomo, que lo que atrofió tu sistema nervioso fue un síncope cardiovascular, causante del ataque convulsivo y de la pérdida transitoria de conocimiento. *Obviously, you've been under a lot of stress, more than your body could handle, and that forced it to basically switch itself off.* Con ambas manos, Tania se talla un rostro al que todavía demacra el desvelo, suspira con una mezcla de alborozo y estupor y se levanta del áspero sofá que no ha desocupado excepto para guiarte al baño al filo del amanecer. Con cierta mesura parafrasea el comentario del especialista, que revalida lo que había ya presentido, y finge que te reprende al espetar, categórica, Es que trabajas en exceso. No recaes en las evasivas con las que acostumbrabas rebatirla, y con inédita resignación te oyes asumir el reclamo, Sí. El doctor Bradley despeja sin darle importancia la duda que le confías tras acariciarte Tania la mandíbula, y que te sugiona desde que patearas, desencajado y en posición fetal, en presencia de tus alumnos. *No, you're not epileptic,* afirma con una seriedad que Daisuke imita sacudiendo categóricamente la cabeza. Espolvoreada con el polen ambarino que la templea y que se

filtra, iluminándola, por los intersticios de las persianas, la simple habitación en la que has despertado luce acogedora, diferente a como la desfiguró tu raptó de pánico en la madrugada. Tania recalca en el sofá y desempaca de una maleta deportiva un par de sandalias y el pijama de algodón que te trajo y con el que podrás mudarte de atuendo una vez que cesen las últimas auscultaciones del doctor Bradley, quien te apremia con un ademán a que te pares. Dado que no es menester prescribirte medicamento alguno, lo único que receta mientras tus córneas giran hacia el faro minúsculo de su lámpara de bolsillo, es que te hidrates y reduzcas a lo esencial tus rutinas, anticipando que te reencontrarás con él en su consultorio, *Unless you have another breakdown, which I doubt*, en un plazo de quince días para un chequeo de seguimiento. Complacido al anunciarte que no es indispensable ya tu permanencia en el hospital universitario, te apretuja los hombros y le devuelve a Daisuke, habiéndoselo puesto antes entre las rodillas, el cartapacio traslúcido. *Ready to go?* Tania y tú le sonríen con parco entusiasmo al clavarles alternativamente a uno y otro sus ojos de liebre, que con interés denotan descubrir, como si le fueran por completo ajenos, tus rasgos faciales. Describe al cabo con prisa las formalidades de la dada de alta y, excusándolos a Daisuke y a él, se marcha. Te despojas, desnudándote, del pantalón de pana guinda y de la camiseta clara con estampado de triángulos grises, que sustituyes con el conjunto verde con el que Tania obsequiosamente forra las piernas y los brazos que flexionas con habitual desparpajo, tras embutir ella en la maleta deportiva el maloliente fardo de las prendas que te quitaste más las botas industriales que la enfermera canosa, sin que lo notaras, te descalzó ayer mientras Daisuke parlamentaba con Travis. Compartiendo las tribulaciones que los desafiaron la víspera, Tania y tú eslabonan segmentos anecdóticos que no sin lagunas componen la crónica del hecho tumultuoso que aún los estremece. Tumbados en la cama, la extensa y efusiva plática que los acalora torna la rotación del tiempo una experiencia de fugacidad inverosímil, hasta que alrededor de las doce acude un afroamericano envejecido y atlético que acarrea una silla de ruedas en la que te ha de conducir a la glorieta frontal del edificio de ladrillo de la que parten los pacientes apenas enviados a sus casas por los facultativos. Citándolo Tania por teléfono móvil, un taxi viene por ustedes y los transporta en escasos minutos a su destino. La presuntuosa estatura de Abel, quien fuma ensimismado en el porche, se tensa cuando el sedán bicolor en el que Tania y tú llegan aparca frente al pequeño departamento. Con disimulo, tu amigo exhala un resabio de bocanada y apaga en la barra del barandal un cigarro ya casi extinto, arrojándolo al seto alledaño. Precipitándose al taxi del que descendes y al que te apeas con decrepitud, te ofrece su ancha espalda de púgil, en la que te recargas como en la de Tania cuando esta baja del coche tras entregarle un hombre de ascendencia hindú el vuelto por el pago de la tarifa. Los intermitentes mensajes de texto con los que Tania, mientras te velaba insomne, le informó a Elena sobre tu estado de salud, y aquellos en los que le sintetizara las novedades que antecedieron tu salida de la clínica, ocasionan

que sea prescindible que Abel te hable más de lo necesario, pese a la curiosidad que lo inquieta de que le cuentes los detalles respecto de lo que su novia, si bien telegráficamente, le ha hecho ya saber. Tus ganas de que conversen, por lo demás, no son las de siempre, debido al vértigo que te produjo el zigzag del taxi, que acelera y derrapa por la pendiente asfaltada, y a la impaciencia insoportable de que te apacigüe, cercano y cálido, el aliento de Valeria. Frotándose las muñecas tras abrir la puerta por la que te apalancan Abel y Tania, Elena susurra con inflexiones de religiosa, Valeria duerme, no sin divertirla escuchar tu broma de que renaciste. Ni Abel, quien se desengancha de ti con cautela, ni Elena, inhibida por el sollozo repentino que te sobrecoge, pasan a la recámara de la izquierda en la cual entras con Tania y en la que su cuerpo esbelto se desprende suavemente del tuyo, desembarazándose de la maleta deportiva que balanceara por caminar contigo a cuestas. Desperdiga los almohadones de la matrimonial y desdobra el cobertor, implicando con un gesto cansino que te acuestes, y en un hilo de voz articula, Voy a darles las gracias. Elena y Tania murmuran en el estrecho recibidor desde donde Abel te interpela, Estaremos al tanto, ánimo, reiterándole a tu esposa su disposición a contribuir a que te repongas. Elena, desplazándose de puntillas a la sala, toma del seccional en el que montara guardia nocturna su bolso de mimbre y un portafolios de Abel que a este le da cuando regresa y le recalca, fraternal, a Tania, De necesitarlo, llámenos. La serenidad que impera en el inmueble de dos alcobas, al irse Abel y Elena, es violentada por los gemidos alarmantes con los que Valeria se sobresalta en la cuna del aposento anexo al que compartes con Tania y en el que te disponías a convalecer, descorriendo por el contrario los paneles de roble que dividen ambos espacios a fin de aproximarte a tu hija y consolarla. Tania, proviniendo a zancadas de la cocineta del fondo en la que bebía con avidez un vaso de agua, se coloca una palma en el pecho al sorprenderte amoldándole a Valeria el animal de felpa predilecto, una enorme tortuga, que al aferrarlo la niña con aprehensión ha suprimido instantáneamente la rabieta, el horror o el desvarío que la perturbara, aliviándolos a Tania y a ti que aminore su pataleo y que ronque, angelical, sin que su respiración pausada dé trazas de sucumbir a otro espasmo espontáneo. Tania te urge a que le respondas, Qué fue, y palpa con extrañeza el entrecejo de Valeria. Cómo adivinarlo, protestas, abrazándola. Creí que se ahogaba, Óscar. También yo.